

Iba en busca de su padre el conde Don Julian y llevaba un pergamino en el que la trémula mano de la hermosa jóven habia escrito estas punzantes y doloridas palabras:

«Ojalá, padre y señor, ojalá la tierra se me abriera antes que me viera puesta en condicion de escribiros estos renglones, y con tan triste nueva ponerlos en ocasion de un dolor y quebranto perpetuo. Con cuantas lágrimas escriba esto, estas manchas y borrones lo declaran; pero si no lo hago luego, daré sospecha que no solo el cuerpo ha sido ensuciado, sino tambien amancillado con mancha y infamia perpetua.

«Qué salida tendrán nuestros males? quién sin vos pondrá reparo á nuestra cuita? Esperaremos hasta tanto que el tiempo saque á luz lo que ahora está secreto, y de nuestra afrenta haga infamia mas pesada que la misma muerte?....

«Avergüenzome de escribir lo que no me es lícito callar. O triste y miserable suerte! En una palabra, vuestra hija, vuestra sangre, y de la alcurnia real de los godos, por el rey Don Rodrigo al que estaba (mal pecado) encomendada como la oveja al lobo, con una maldad increíble ha sido afrentada. Vos, si sois varon, hareis que el gusto que tomó de nuestro daño, se le vuelva en ponzoña, y no pase sin castigo la burla y befa que hizo á nuestro linage y casa.» (1)

Esta carta encendió en ira á Julian. El tigre al llegar á su caverna y al encontrarse sin sus hijuelos, no estalla en menos gritos de furor, en menos rugidos de rabia que los que salieron del oprimido pecho del noble godo.

Decidió vengarse, pero no podia ser una venganza vulgar y futil, era preciso una venganza espantosa, bárbara, sangrienta.

Partió el conde arrebatadamente á Toledo, arrancó su hija de manos del rey y tornando en seguida á la ciudad que gobernaba, inflamado en cólera, martirizado por el punzante aguijon de la perdida honra, acudió inmediatamente á la ejecucion de su desagravio.

Escribió pues al árabe Muza ben Noseir y le incitó á una conquista de la España, representándole aquella empresa como fácil y segura y ofreciéndole ayudarle con todas sus fuerzas. Hízole una bella descripcion de la España. Hablóle de su delicioso temperamento, de su claro y sereno cielo, de sus muchas riquezas, de la calidad y virtud maravillosa de sus plantas y frutos, de la escesiva bondad del tiempo en todas las estaciones, sus oportunas lluvias,

(1) Inserta esta carta el historiador Mariana de quien la copiamos.

sus rios y copiosas fuentes, los magníficos restos de sus antiguos monumentos, sus vastas provincias y muchas y ricas ciudades.

Dependia sin embargo Muza del califa de Damasco Walid, y como buen musulman, nada podia emprender sin la anuencia del caudillo de los creyentes. Escribióle pues para conseguirla, no olvidando el decirle que era España superior á la Siria por la hermosura del cielo y fertilidad del terreno, al Yemen ó feliz Arabia por la suavidad del clima, á la India por sus flores y aromas, al Hejaz por sus frutos, al Catay ó China por sus metales preciosos y opulentas minas.

La expedicion quedó decretada.

Julian el apóstata abrió la puerta de España á los sarracenos que se precipitaron como un desbordado torrente.

El atentado mismo que un dia derribó el trono romano, iba tambien á precipitar del solio á la dinastía goda, pero la muger de Colatino no atrajo la venganza mas que sobre los culpables, mientras que el padre de la Lucrecia española hermanó con el castigo del criminal la matanza de todo un pueblo, la esclavitud de todo un pais y los males inseparables de la conquista.

Y sin embargo, hoy, hoy mismo que todavía maldecimos su memoria, hoy que todavía renovamos los epitetos de apóstata y de infiel con que tan justamente le ha tachado la historia, hoy, decimos, si la estatua del conde Don Julian se pusiera en una de nuestras plazas públicas, como algun dia en París la de Perrinet Leclerc, para ser apedreada, qué padre seria el que le arrojase la primera piedra?... (1)

IV.

LA BATALLA DE GUADALETE.

Así que el caudillo Tarec hubo desembarcado y pisado el territorio español

(1) Lo que cuenta la fábula sucedido en la cueva de Hércules, el ultraje hecho á Florinda y la venganza de D. Julian, han dado pié para muchos dramas y leyendas. El distinguido poeta D. Miguel Agustín Príncipe ha basado sobre ello el argumento de su drama *El conde D. Julian*.

en el que fué recibido por el conde Don Julian, mandó quemar sus naves, como mas tarde debia hacer Hernan Cortés para desesperanzar á sus tropas de toda retirada.

Teodomiro, un caudillo godo, quiso oponerse á aquella violacion de territorio, pero sus soldados fueron vencidos y puestos en fuga por Tarec, y tras de algunas escaramuzas sangrientas ya no se atrevieron á hacer frente á los musulmanes.

Entonces fué cuando cuentan que Teodomiro escribió á su rey en estos términos:

«Señor, aquí han llegado gentes enemigas de la parte de África, yo no sé si del cielo ó de la tierra, yo me hallé acometido de ellos de improviso: resistí con todas mis fuerzas para defender la entrada, pero me fué forzoso ceder á la muchedumbre y al ímpetu suyo: ahora á mi pesar acampan en nuestra tierra; ruégoos, señor, pues tanto os cumple, que vengais á socorrernos con la mayor diligencia y con cuanta gente se os pueda allegar; venid vos, señor, en persona que será lo mejor.» (2)

Estremeció á Rodrigo una noticia que tan espantosamente se hermanaba con los sucesos y prodigios de la famosa cueva, sucesos y prodigios olvidados por su naciente impetuosa pasión á la desdichada hija del conde.

Convocó á sus consejeros y adalides y envió contra los enemigos la flor de la caballería goda, marchando apresuradamente esta tropa á incorporarse con la que estaba ya mandando el general Teodomiro. Adelantáronse juntas contra los árabes y mediaron algunas parciales refriegas, pero en todas llevaron los godos la peor parte.

Llegó en esto Rodrigo á los campos de Sidonia con la nobleza toda de su reino y seguido de un ejército de noventa mil hombres, pero compuesto de elementos eterogéneos de gente bisoña y nada guerrera. Iban los cristianos armados de lorigas y de perpuntos en la primera y postrera gente, y los otros sin estas defensas, pero armados de lanzas, escudos y espadas, y la otra gente lijera con arcos, saetas, hondas y otras armas, segun su costumbre, hachas y mazas y guadañas cortantes.

No intimidó á Tarec esta numerosa hueste que parecia, segun espresion de un historiador, un mar agitado. Los caudillos árabes reunieron sus banderas y se congregaron las tropas de caballería que corrían la tierra.

Avistáronse ambos ejércitos á orillas del Guadalete un domingo, dos dias por andar de la luna del ramazan, segun Conde. Acometiéronse con nunca vis-

(2) Inserta esta carta el historiador Conde del cual la copiamos.

ta furia, con el ardor los godos de aquellos que pelean por sus hogares, su fe y su patria; con el arrebató y entusiasmo los árabes de los que combaten por la tierra prometida en herencia por Mahoma.

Cabalgaban los musulmanes en alazanes briosos, ceñida la sien de turbantes blancos, el arco en la mano, el sable terciado al cuello, la lanza al costado, tremolando banderolas blancas, rojas y negras de las tribus de Zenetah, de Gomerah y de Masmudah, compañeros fieles de Tarec, para quienes la pelea era un juguete, y que embestian á los batallones mas nutridos con un brio, una rapidez y un empuje irresistibles.

Temblaba estremecida la tierra bajo sus piés y resonaba el aire con el estruendo de los atambores y añafles al que se mezclaban el sordo rugido de las guerreras trompas y los alaridos de ambas huestes.

La batalla principió al rayar el dia y se terminó al cerrar la noche sin ventaja alguna. Las sombras pusieron treguas á los sangrientos horrores y aquella noche acamparon los ejércitos en el mismo campo, durmiendo los soldados confundidos y revueltos con los cadáveres.

Comenzó de nuevo la batalla al rasguear el alba, y la fragua de la pelea, segun feliz y figurada espresion de un cronista árabe, siguió tambien ardiendo hasta la noche sin tampoco patentizar ventaja alguna por uno ú otro bando.

Al tercer dia iban ya desmayando los sarracenos y cejaban por todas partes, cuando Tarec se alzó sobre los estribos y dando, dice Conde, aliento á su caballo, les gritó:

— A donde vais, musulimes, vencedores de Almagreb, á donde vais? El furioso mar teneis á las espaldas y el enemigo en frente. No hay mas recurso que el valor. Haced como yo, Gualah! (1) Voy á embestir á su rey y si no le quito la vida, moriré á sus manos.

Y diciendo esto arremetió con su feroz caballo sin cuidarse de si le seguian, y atropellando á derecha é izquierda cuantos se le ponian delante, llegó á las banderas de los cristianos, y conociendo á Rodrigo por sus insignias reales, le acometió y pasó de una lanzada.

Desde aquel momento, la victoria fué segura por parte de los árabes. Desordenáronse los godos y huyeron llenos de terror, siguiéndoles los árabes el alcance con su caballería y matando tantos, que Romey dice saber solo cuantos Dios que los crió:

Los historiadores, debemos decirlo, se presentan muy discordes al dar cuenta de esta batalla. Varios son los que aseguran que este sangriento combate hu-

(1) *Gualah* ó *Walah*, exclamacion que corresponde á nuestro *por Jesus*.

biera concluido con la derrota de los infieles, sin la traicion de D. Oppas que se pasó á los árabes con numerosos vasallos y tambien con los hijos del destronado rey Witiza.

Dicen algunos, y entre ellos Romey y Conde; — dos nombres ilustres como todo el mundo sabe — que Tarec mató á Rodrigo, le cortó la cabeza y se la envió á Muza, quien á su vez la remitió á Walid con el pormenor de la batalla del Guadalete.

Otros dicen que, al contrario, Rodrigo fué arrastrado por los fugitivos y su suerte fué un misterio. Añaden que á orillas del Guadalete se encontró á su yegua Orelia, tan famosa en los romances, hundida en un pantano, y junto á ella la corona y el manto real de su dueño, lo que hizo admitir la version de que se habia ahogado.

La crónica de un obispo de Toledo del siglo II adelanta mas, le hace sobrevivir á su derrota para conducirlo al fondo de un desierto de Portugal, donde dice que acabó sus dias en la penitencia.

En esta fábula, ingeniosa no hay duda, pero tachada de apócrifa por los escritores, se ha fundado el extranjero Roberto Sontkey para escribir su hermoso poema heróico, y nuestro Zorrilla su poético dramita: *El puñal del godo*.

En cuanto á Julian, *Cava's traitor sire*, como le llama Byron, no solo se pasaron de él los árabes desde que no hubieron necesidad de sus servicios, sino que, habiéndose indispuerto con los sarracenos, le encerraron en una fortaleza, donde entregado á sus remordimientos, acabó miserablemente sus dias.

Su hija, la triste hermosura causa de tantos desastres, la bella Florinda que bien injustamente por cierto la historia ha llamado la *Cava* (ramera), se precipitó desde lo alto de una torre en un acceso de delirio.



La cartuja de Jerez.

Ahora bien, todo lo que acabamos de contar se agolpa á la memoria del viajero que llega á las puertas de la célebre Cartuja de Jerez.

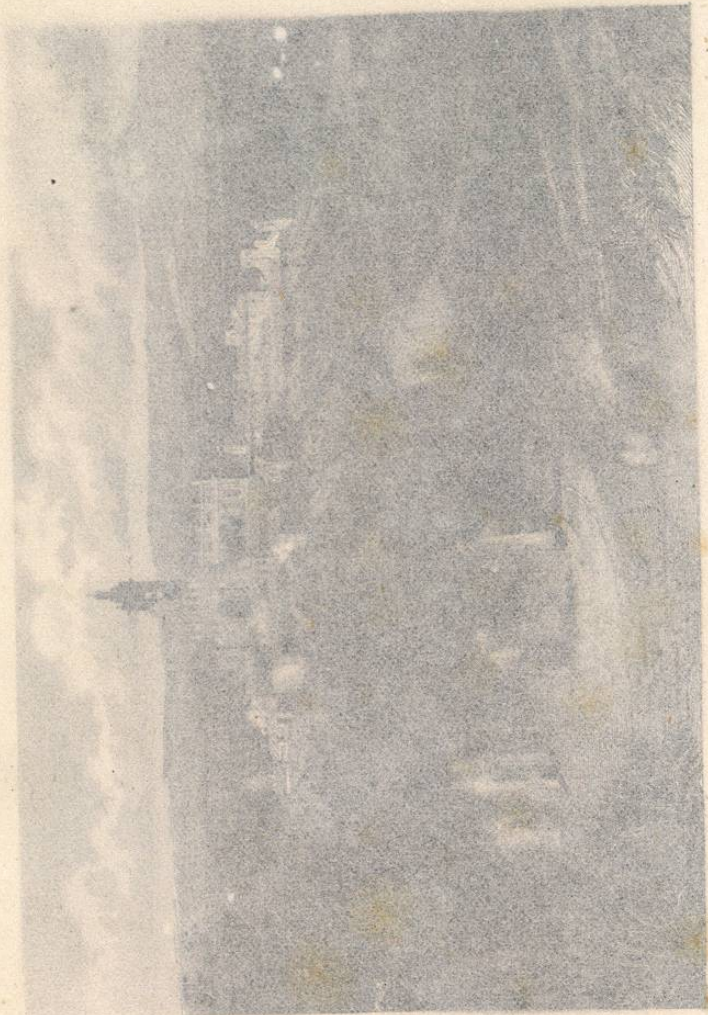
Su simple vista evoca todos estos recuerdos. Es que se halla precisamente construida sobre el verdadero campo de batalla tan fatal al último monarca de los godos.

Es un edificio que data de 1175 y debe su fundacion al genovés Alvaro Overtos de Valetto bajo los planos del arquitecto Andrés Rivera.

Su situacion es magnífica. Coloso de granito tendido sobre la llanura, siente refrescada su frente por el hálito del Guadalete que serpenteando pasa por su lado, y cada mañana con el reir del alba y cada tarde con las últimas pálidas luces del crepúsculo, recibe como en tributo los perfumes y aromas que le envían los naranjos, los limoneros, las acacias y todos los árboles y flores del valle.

No ha llegado jamás un viajero, no ha descansado nunca allí un peregrino que, olvidando su patria y el universo, no haya deseado terminar su vida en aquel sitio embelesador.

Los alrededores de la Cartuja ejercen una especie de fascinacion. Si, siguiendo las leyendas populares, creyéramos en las buenas hadas que habitan se ignora donde un paraíso terrenal, creeríamos que es aquel su palacio.



La cartuja de Jerez.

Ahora bien, todo lo que acabamos de contar se agolpa á la memoria del viajero que llega á las puertas de la célebre Cartuja de Jerez.

Su simple vista evoca todos estos recuerdos. Es que se halla precisamente construida sobre el verdadero campo de batalla tan fatal al último monarca de los godos.

Es un edificio que data de 1175 y debe su fundacion al genovés Alvaro Overtos de Valetto bajo los planos del arquitecto Andrés Rivera.

Su situacion es magnífica. Coloso de granito tendido sobre la llanura, siente refrescada su frente por el hálito del Guadalete que serpenteando pasa por su lado, y cada mañana con el reir del alba y cada tarde con las últimas pálidas luces del crepúsculo, recibe como en tributo los perfumes y aromas que le envían los naranjos, los limoneros, las acacias y todos los árboles y flores del valle.

No ha llegado jamás un viajero, no ha descansado nunca allí un peregrino que, olvidando su patria y el universo, no haya deseado terminar su vida en aquel sitio embelesador.

Los alrededores de la Cartuja ejercen una especie de fascinacion. Si, siguiendo las leyendas populares, creyéramos en las buenas hadas que habitan se ignora donde un paraiso terrenal, creeríamos que es aquel su palacio,

LA CARTUJA.

Es el solo un magnífico edificio que se levanta por un convento, es si nadie por un retiro, todos por un refugio. En efecto, mas bien que refugio de paces anacoretas era un verdadero asilo para el monarca que se apartaba de la guerra y se retiraba a su retiro. Su interior responde propiamente a su apariencia y la capilla sobre todo es notable y muy estimada.

En el interior se conserva un cuadro que representa a San Juan y San Bartolomé, pintado por el genovés Alvaro Overtos de Valetto. Algunos años después de su fundacion se terminó la obra principal de la Cartuja, con lo cual quedó bastante desfigurada la arquitectura gótica-gotizante que se había empezado a construir en el reinado de San Juan y San Bartolomé. Estas la Cartuja fue portada de bella y elegante construcción dórica, sobria y pedestales con nichos y triglicios en el cornisamento y contiene el escudo de las armas reales y las esculturas de Nuestra Señora, San Juan y San Bartolomé. Algunos años después de su fundacion se terminó la obra principal de la Cartuja, con lo cual quedó bastante desfigurada la arquitectura gótica-gotizante que se había empezado a construir en el reinado de San Juan y San Bartolomé.

y que es allí también, á la luz melancólica y tibia de una transparente luna, donde de noche se entregan descuidadas á sus danzas, mientras susurra domado el Guadalete, mientras blanda orea la brisa las copas de los árboles, mientras alzan las flores su cáliz preñado de perfumes misteriosos, mientras en fin los naranjos balancean sus orbes de oro y las acacias dejan llover, en torrente de aromas, sus puñados de simbólicas florecillas.

Muestra la Cartuja una portada de bella y elegante construcción dórica, sobre pedestales con metopas y triglifos en el cornisamento y contiene el escudo de las armas reales y las estatuas de Nuestra Señora, San Juan y San Bruno. Algunos años después de su fundación fué reedificada desde la cornisa para abajo, con lo cual quedó bastante desfigurada la arquitectura gótico-germánica.

Es el todo un magnífico edificio que pocos tomarían por un convento, casi nadie por un retiro, todos por un palacio.

En efecto, mas bien que refugio de pobres anacoretas era un verdadero alcázar regio.

Su interior responde profusamente á su apariencia, y la capilla sobre todo es notable y muy estimada.

Una parte de los vastos edificios de esta Cartuja fué en algún tiempo el lugar de una industria que acrecentaba y sostenía con todas sus inmensas rentas, industria, permítasenos decirlo, bastante rara y singular para religiosos, pues que multiplicaba un emblema de guerra y de placer junto á un asilo de paz y penitencia. Hablamos de su soberbia yeguería y de su colección de caballos padres para la propagación de la magnífica raza de caballos andaluces.

Llegaron á ser muy famosos y muy nombrados los potros de la Cartuja de Jerez.

Era también célebre este monasterio por las magníficas pinturas que poseía. Antes de la guerra de la independencia hallábanse en su iglesia, entre otros cuadros principales, las principales obras maestras de Zurbaran que, como todos saben, reunía la corrección del dibujo al brillo del colorido, y numerosos testimonios del fértil y fecundo genio de Lucas Giordano, que fué llamado *Fapresto* por la rapidez con que trabajaba.

Cuando la extinción de los frailes, desaparecieron todas las preciosidades que había respetado la guerra de la independencia, y sus inmensos bienes pasaron al estado.

Los hijos de la Cartuja, forzoso aunque triste es decirlo, habían olvidado las reglas de pobreza dadas por el austero y severo Bruno.

Cuéntase una anécdota curiosa á propósito de este monasterio.

Hallándose en Jerez la reina Cristina, madre de nuestra actual Soberana, antes de ser regenta de España, anunció su deseo de visitar la célebre Cartuja. La casta comunidad se alarmó de una manera indecible al tener noticia de este proyecto, pues que, según su regla, no podía el convento ser profanado con la presencia de una mujer.

Sin embargo, Cristina era reina y á una reina no se la puede cerrar la puerta como á otra mujer cualquiera.

Doloroso era, pero fué preciso resignarse á aquella abominación.

Entonces uno de los monjes ideó un medio y trató de comunicarlo á su superior que, en razón á la gravedad de las circunstancias, le permitió el uso de la palabra, encargándole empero el laconismo.

El cándido religioso desarrolló su medio en pocas palabras.

Así que se hubo enterado, el superior le abrazó enternecido. Era el medio una casi inspiración del cielo.

La comunidad estaba salvada.

S. M. fué admitida y recorrió á su placer el monasterio, pero todos pudieron observar que detrás de la reina iban dos solícitos y vigilantes monjes que marcaban con yeso todos los ladrillos ó piedras en que la soberana ponía el pié.

Todos se preguntaban que era aquello, pero nadie se acertaba á dar contestación satisfactoria.

En seguida de haber salido la reina, todos los ladrillos que ella había pisado fueron arrancados, sustituidos por otros y arrojados al Guadalete.

Era el medio que había dado el monje para salvar á la comunidad.

En el día esta famosa Cartuja, monumento del arte, va desapareciendo casi insensiblemente por el estado de abandono é incuria en que vergonzosamente se la tiene.

